

Ángel Viñas: la erudición al servicio del mito

PEDRO CARLOS GONZÁLEZ CUEVAS

¿QUÉ ES UN «GUARDIÁN DE LA HISTORIA»?

A lo largo de más de cincuenta años, se ha ido consolidando en nuestro país lo que, siguiendo al sociólogo Pierre Bourdieu, podemos denominar «campo historiográfico». El concepto de *campo* hace referencia a un espacio social un microcosmos, con una autonomía relativa y poseedor de su propia lógica¹. El *campo* se compone no sólo de historiadores profesionales, sino de centros de investigación y de docencia, revistas, editoriales, sociedades, etc. Se trata, al mismo tiempo, de un *campo* de fuerzas y de luchas. Cada uno de los agentes empeña su fuerza – en términos de Bourdieu, su

capital– que ha adquirido, incluso en aquellos casos en los que la disputa se plantea en relación a la posición teórica o conceptual. Una de las apuestas mayores de las luchas que se desarrollan en el *campo* es la de la definición de sus límites, es decir, de la participación legítima en las luchas. El *campo* no es inmune a las luchas políticas, pero ha de garantizar la autonomía relativa ante su desarrollo. Y es que, como señalaba Bourdieu en su diálogo con el historiador de la cultura Roger Chartier, «no debe estar permitido que se liquide un argumento científico con un argumento político. Un campo científico relativamente autónomo, capaz de producir verdades provisionales, susceptibles de verificación, es un campo en que ese golpe deja de

estar autorizado»². No se trata, por supuesto, de ausencia de ideología en la narración histórica, algo imposible, sino de

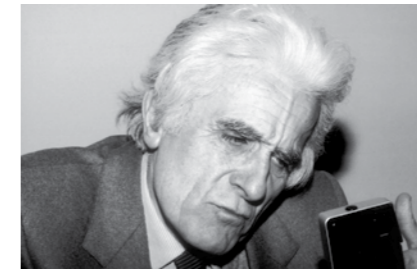


Roger Chartier

atenerse a unas reglas de argumentación y de fair play. Sobre todo, de no ver al otro como enemigo, sino como adversario y de aceptar el pluralismo inherente a la investigación histórica. Frente a estas posiciones, se han alzado lo que denomina-

2.- Pierre Bourdieu/Roger Chartier, *El sociólogo y el historiador*. Madrid, 2011, pp. 44-45.

remos «Guardianes de la Historia», una figura que periódicamente aparece como elemento perturbador y distorsionador de la lógica y del funcionamiento del campo historiográfico. El Guardián de la Historia suele tener como objetivo, confesado o no, ejercer el control del con-



Manuel Tuñón de Lara

A lo largo de los últimos treinta años, diversos historiadores españoles han tratado o pretendido ejercer ese rol represivo. Entre los más notables, se encuentran Ricardo de la Cierva, Manuel Tuñón de Lara, Javier Tusell o Josep Fontana.



Ricardo de la Cierva

tenido de la producción historiográfica mediante el recurso a la violencia simbólica, la seudología y la intimidación a la hora de criticar, demonizar, silenciar y/o marginar, en el campo historiográfico, a los representantes o defensores de otras corrientes interpretativas y tradiciones académicas.



Javier Tusell

Su función, por emplear la terminología de Michel Foucault, es la de vigilar y castigar. Y es más que probable que a no pocos de estos guardianes o aspirantes a dicha función les gustaría o tengan como ideal o proyecto la instauración de una especie de panóptico o «régimen de vigilancia» historiográfico, basado en la vigilancia jerárquica, la sanción normalizadora y el examen periódico³.

3.- Michel Foucault, *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Madrid, 2012, pp. 227 ss.

Amorós, afirma: «Participé, en segunda línea, en la marcha contra el rectorado de la Universidad Complutense, disuelta por una carga de los “grises” a caballo, y en alguna otra ocasión». Nunca fue militante del PCE, aunque, eso sí, pasó una noche sin dormir, en casa de un amigo comunista, destruyendo libros y revistas que podían resultar peligrosos en caso de que hubiese un registro de la policía.

En una ocasión, se vio obligado, por motivos protocolarios, a saludar a Franco, en octubre de 1967: «Me pareció que estaba muy enfermo, muy afectado por el parkinson, y pensé que moriría pronto. Fue tremendo verle parpadear constantemente: sus párpados eran blancos y destacaban cuando se abrían y cerraban sobre el trasfondo de su rostro moreno tostado por el sol. No lo olvidaré».

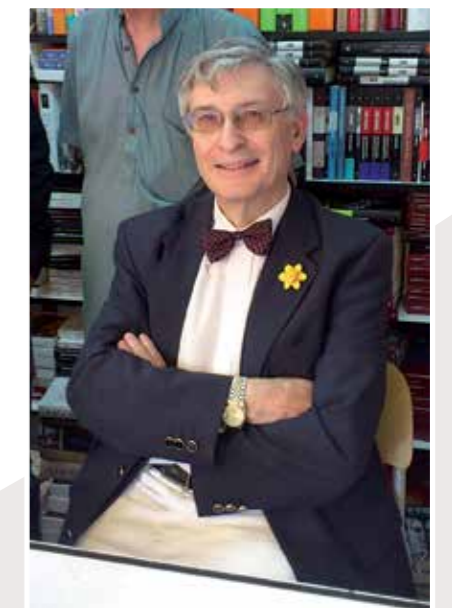


Josep Fontana

El último intento ha sido protagonizado por Ángel Viñas Martín, cuya producción historiográfica viene marcada por la beligerancia, el espíritu combativo y el recurso a la descalificación sumaria del adversario, para el enemigo. Veámoslo.

EL HOMBRE Y SU FORMACIÓN INTELLECTUAL: LA FORJA DE UN HISTORIADOR DE COMBATE

Ángel Viñas Martín se ha convertido en una especie de «The War Lord» historiográfico, cuya autobiografía podría llevar por título en alemán: *Mein Kampf gegen Franco*. Nacido en Madrid en 1941 y vástago de una familia de clase media baja se licenció en Ciencias Económicas y Empresariales y como técnico comercial de Estado. Su principal mentor fue el profesor Enrique Fuentes Quintana. Siempre se consideró antifranquista, aunque nunca militó en los partidos de la oposición. Así, en una entrevista con el historiador Mario



Ángel Viñas Martín

Sin embargo, salió airoso del trance, vivito y coleando. Trabajó en el Fondo Monetario Internacional y como agregado comercial en la embajada española en la República Federal Alemana. A la muerte de Franco, se tomó por vez primera una copa de champán para celebrarlo; todo un retrato y todo un gesto de rebeldía. Sin riesgo, por supuesto.

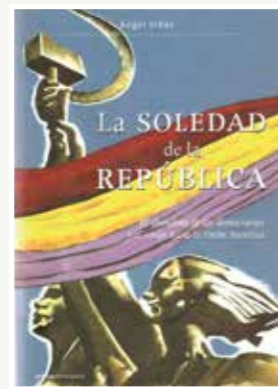
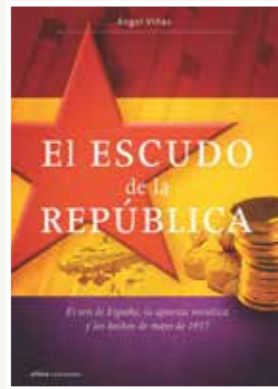
En 1975, ganó la oposición a la cátedra de Economía Aplicada en la Universidad de Valencia. En el campo historiográfico, se dio a conocer con dos obras, *El oro español en la guerra civil* y *La Alemania nazi y el 18 de julio*. En la primera, señalaba que la operación del oro fue el último recurso de la República para organizar su defensa. En la segunda, que el III Reich no tuvo participación en el golpe de Estado de julio de 1936⁴.

Hombre del PSOE⁵, durante los años ochenta, su labor historiográfica pasó a un segundo plano, por su trabajo como asesor de los ministros de Asuntos Exteriores Fernando Morán y Francisco Fernández Ordoñez; y luego en la Comisión Europea. Fue Director General para las Relaciones con América Latina y Asia; y embajador de la Unión Europea ante las Naciones Unidas. Sin embargo, su producción historiográfica dedicada a la guerra civil española y al franquismo continuó: *Guerra, dinero, dictadura: ayuda fascista y autarquía en la España de Franco, Franco, Hitler y el estallido de la Guerra Civil. Antecedentes y consecuencias*.

No obstante, es a partir de la etapa de gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero cuando su pluma se desata: *La soledad de la República, El escudo de la República, El honor de la República, El desplome de la República, La conspiración del general Franco, La República en guerra, Las armas y el oro y La otra cara del Caudillo*. Además,

4.- Véase Mario Amorós, *75 años después. Las claves de la guerra civil española. Conversación con Ángel Viñas*. Barcelona, 2014, pp. 15-18. Fernando Hernández Sánchez, «Entre Clío y las Cancillerías, Ángel Viñas», en *Historia del Presente* n° 15, 2010, pp. 79-81.

5.- Ángel Viñas, Prólogo a *El amigo alemán. EL SPD y el PSOE, de la dictadura a la democracia*, de Antonio Muñoz Sánchez. Barcelona, 2012, pp. 11-16.



res que han ejercido una mayor influencia sobre su obra son Manfred Merkes, Herbert R. Southworth, Juan Marichal, Andreas Hillgruber, Manuel Tuñón de Lara, Gabriel Cardona, Julio Aróstegui, Gabriel Jackson, Hugh Thomas, Edward Malefakis, Raymond Carr, Paul Preston, etc⁶. Igualmente, se declara devoto de Carl von Clausewitz⁷. Quizás por ello considera la historia como una continuación de la guerra por otros medios. En ese sentido, fue muy significativa su intervención en el conflicto ocurrido en sociedad en del *Diccionario biográfico* de la Real Academia de la Historia.

este erudito ha coordinado una serie de volúmenes colectivos de contenido abiertamente polémico: *En el combate por la His-*



toria. *La República, la Guerra Civil y el Franquismo*; «La Guerra Civil», en la revista salmantina *Studia Histórica*; y «Sin respeto a la Historia», un nú-



mero extraordinario de la revista *Hispania Nova*, dedicado, desde una perspectiva brutalmente demonizadora, a la obra del hispanista norteamericano Stanley G. Payne. Según su propio testimonio, los historiado-



Las entradas sobre Franco, Azaña o Carrillo suscitaban un acalorado debate sobre la frontera entre interpretación y desfiguración de los hechos del pasado. Y es que Luis Suárez Fernández, autor del artículo sobre Franco, omitió la palabra «dictadura» a la hora de catalogar el carácter político del régimen que éste encarnó, presentándolo como «autoritario». Algunas asociaciones defensoras de la «memoria histórica» se manifestaron con banderas republicanas ante el edificio de la Academia.

Como respuesta, Viñas convocó a un grupo de historiadores de izquierda para elaborar un «contradictorio», que luego llevó el título de *En el combate por la Historia*. Para Viñas, el diccionario de la Real

6.- Amorós, op. cit., pp. 24-26. Hernández Sánchez, op. cit., pp. 86-87.

7.- Véase Ángel Viñas, Prólogo a *El arte de la estrategia*, de Carl von Clausewitz. Madrid, 2011.



Edward Malefakis

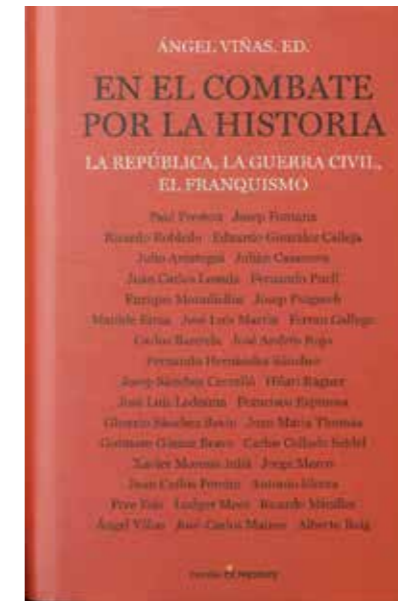
Academia de la Historia era una «provocación a los hechos, al conocimiento de la historia y a los historiadores». E interpretó el régimen de Franco como una «peculiar variante nazi-fascista», «la configuración del fascismo español». Se trataba, además, de la dictadura europea más sanguinaria del siglo XX a excepción de la soviética. De ahí que, en su particular opinión, debía establecerse un paralelo entre Franco/Stalin y entre España/Rusia⁸.

Su pensamiento histórico, si de tal cosa puede hablarse, viene a ser, como en el caso de su amigo Paul Preston, una curiosa amalgama de empirismo, marxismo, individualismo metodológico de corte carlyleliano y de moralismo sublime, es decir, de juicios de valor al servicio de su ideología política. No sin razón, el historiador norteamericano Michael Seidman ha destacado el anacronismo de sus supuestos metodológicos. Y es que se trata de una historia «desde arriba» que margina los factores económicos y organizativos⁹. Otros, como Lucas Mo-

8.- Ángel Viñas, «Presentación», *En el combate por la historia. La República, la guerra civil, el franquismo*. Barcelona, 2013, pp. 17 y 22.

9.- Michael Seidman, «Polémicas pasadas», en *Revista de Libros*, 25-III-2014. Véase del mismo autor, *La victoria nacional*. Madrid, 2014.

lina, le han acusado de falsear los datos en torno a la ayuda militar de Alemania, Italia y la URSS a los bandos contendientes a lo largo de la guerra civil¹⁰.



Paul Preston

Aunque militante del PSOE, Viñas no parece un socialdemócrata, sino más bien un pequeño burgués radicalizado. No en vano, *The Volunter*, órgano de la Fundación de Veteranos de la Brigada Abraham Lincoln, lo ha definido como «warrior historian»¹¹. En todo momento,

10.- «Un barullo de tanques y aviones: la Guerra Civil de Ángel Viñas», en *Zenda. Autores, libros y compañía*, 23-IX-2016.

11.- *The Volunter*, 4-I-2013.

Viñas se muestra partidario del «tratamiento empírico de los problemas». Casi podríamos decir que padece una especie de fetichismo del documento, de las fuentes primarias, de los archivos. Uno de los conceptos que aparece permanentemente en sus escritos es el de la «evidencia primaria relevante», cuyo fundamento son los documentos de archivo¹². Viñas pretende que su método está basado en la inducción¹³. Al mismo tiempo, se muestra contrario al principio de neutralidad. Como su admirado Herbert R. Southworth, se considera un «historiador apasionado y vitalmente antifranquista»¹⁴. En realidad, como hubiera señalado el gran Arthur Schopenhauer, su forma de argumentar es *erística*, es decir, orientada al único objetivo de lograr la victoria en las disputas sin tener en cuenta para nada la verdad¹⁵.

Y es que, en su opinión, uno de los imperativos de cualquier historiador es «la necesidad de no suministrar ningún tipo de legitimación a los sistemas de dominio». La historia es, a su juicio, necesariamente «antifascista»; no anticomunista¹⁶. Su objetivo es «pasar la factura científica al anterior régimen»¹⁷. En ese sentido, recurre incluso a los plan-

12.- Ángel Viñas, *Las armas y el oro. Palancas de la guerra, mitos del franquismo*. Barcelona, 2013, pp. 13 ss. *Guerra, dinero, dictadura*. Barcelona, 1984, pp. 15 ss.

13.- Mario Amorós, *75 años después. Las claves de la guerra civil española. Conversación con Ángel Viñas*. Barcelona, 2014, pp. 21-22.

14.- Ángel Viñas, «Herbert R. Southworth ante los desafíos de la historia contemporánea: el caso de Guernika», en *Herbert R. Southworth: Vida y obra*. Guernika, 2001, 61-85.

15.- Arthur Schopenhauer, *El arte de tener siempre razón. La dialéctica erística*. Palma, 2015.

16.- Ángel Viñas, *Guerra, dinero, dictadura*. Barcelona, 1984, pp. 13 y 16.

17.- *Ibidem*, pp. 13.



John Emerich Edward Dalberg-Acton

teamientos del historiador católico John Emerich Edward Dalberg-Acton –lord Acton–, ya que corresponde al historiador «identificar a los criminales, delincuentes que abundan en la historia, sean héroes o papas, sin abdicar de su papel como árbitro moral»¹⁸. Claro que Viñas no parece ser un buen lector de Acton. En realidad, pretende instrumentalizar el pensamiento del historiador británico falseando su contenido. Viñas silencia, o desconoce, que Acton tomó partido por los Estados del Sur durante la Guerra de Secesión norteamericana, acusando de «absolutismo abstracto» tanto a los partidarios de la esclavitud como a los abolicionistas. Y es que el sistema democrático americano «envenena todo lo que toca». «Todas las cuestiones constitucionales están sometidas al único principio fundamental de la soberanía popular, sin considerar la política o la

18.- Viñas, *Las armas y el oro...*, pp. 15. Afirma Viñas, con su habitual desdén por la verdad, o quizás su falta de información, que últimamente no suele leerse en España a lord Acton. No parece, pues, haber leído las antologías elaboradas hace relativamente poco tiempo por los historiadores liberales Manuel Álvarez Tardío y Paloma de la Nuez. Olvida igualmente el apoyo de Acton a los estados del Sur a lo largo de la guerra de secesión norteamericana. Véase Lord Acton, *Ensayos sobre la libertad y el poder*. Madrid, 2011. Y Lord Acton, *Ensayos sobre la libertad, el poder y la religión*. Madrid, 1999.

conveniencia»¹⁹. Desde los supuestos actonianos, bien puede someterse a crítica el fundamentalismo democrático. No creo que el historiador británico hubiese aprobado la política religiosa de Manuel Azaña o el espíritu revolucionario de Francisco Largo Caballero.

Por ello, la tan cacareada «evidencia primaria relevante», se encuentra siempre sesgada. En realidad, su relato histórico alberga un alto grado de simplificación. Desde el principio, es perceptible en sus libros una clara selección de los elementos del pasado que él considera relevantes. En ese aspecto, Viñas, como diría Carl Schmitt, se considera «soberano» sobre el «estado de excepción», es decir, una situación que excede los criterios establecidos, que es excepcional. Al enfrentarse a una situación para la que carece de premisas desde las que puede deducir de manera irrefutable la acción correcta que dice emprender, debe «decidir» qué hacer²⁰.



Carl Schmitt

19.- Lord Acton, «Causas políticas de la revolución americana», en *Ensayos sobre la libertad, el poder y la religión*. Madrid, 1999, p. 226.

20.- Carl Schmitt, *Teología política*. Madrid, 2009, p. 13.



Manuel Azaña

Análogamente, la opción en virtud de la cual el historiador selecciona los datos del pasado que engrosarán su relato también constituye propiamente una «decisión» y, en ese sentido, una prueba de «soberanía». Ciertamente, puede no carecer por completo de criterios que le inclinen hacia una u otra dirección. Sin embargo, al «decidir» está sólo; de ahí su responsabilidad. La «evidencia primaria relevante» nunca es, en Viñas, fruto o consecuencia de un método inductivo, al revés de lo que él pretende, sino de una decisión previa, consciente y precisa. Y es que, como señala John Vincent, «...no puede haber nada más sospechoso que hallar la documentación adecuada»²¹.

DIALÉCTICA ERÍSTICA Y MITOLOGÍA HISTÓRICA

En realidad, el *leitmotiv* de toda su obra no es sólo destruir lo que denomina «mitos» franquistas sobre la II República y la guerra civil, sino consolidar los planteamientos de los derrotados en la contienda, sobre todo los defendidos por Manuel Azaña, su «héroe» Juan Negrín y otros políticos republicanos.

21.- John Vincent, *Introducción a la Historia para gente inteligente*. Madrid, 2013, p. 47.

En múltiples ocasiones, Viñas afirma que la misión del historiador es destruir «mitos». Naturalmente, siempre se refiere a los «mitos» del bando nacional, no a los republicanos.



Juan Negrín

Guste o no, como solía decir el gran Georges Dumézil, la historia y el mito se encuentran «inextricablemente mezclados»²². La producción historiográfica de Viñas tiene como objetivo la construcción del «mito» –en el sentido que Georges Sorel daba a esa palabra– de la II República, fundamento, a su vez, de un curioso legitimismo republicano que ha de llevar a la instauración de la III República como heredera de la anterior. De ahí que haya firmado con otros intelectuales de izquierdas un manifiesto a favor de la instauración de la III República²³. Y es que, en el fondo, a Viñas le ocurre lo mismo que al protagonista del cuento *La Oposición*. Para él, la historia no es una narración sobre el pasado, sino sobre el futuro²⁴.

22.- Georges Dumézil, «Del mito a la historia», en A. Al-Azmeh et alia, *Historia y diversidad de Culturas*. Barcelona, 1984.

23.- *Público*, 18-II-2013.

24.- Alfonso Mateo Sagasta, *La Oposición. Un relato sobre la invención de la historia*. Madrid, 2016, p. 82.

Para Viñas, el advenimiento de la II República y su legitimidad no fueron sólo consecuencia del resultado de las elecciones municipales de abril de 1931, sino del «impulso irrefrenable de un pueblo abierto a la experimentación política y social que pedía ser oído más de lo que determinaba la vacilante arquitectura» del régimen de la Restauración. Por lo visto, los republicanos no recurrieron a las armas, la rebelión de Jaca no existió; fue un mito franquista. Cuestionar esa legitimidad supone dar legitimación, según él, al «régimen del 18 de julio»²⁵. Sin embargo, un analista tan agudo como Guglielmo Ferrero –liberal antifascista– no dudó en calificar a la II República como «forma de gobierno prelegítima», es decir, un régimen que «tiene necesidad de ser sostenido contra la oposición abierta o soterrada que, por todas partes, encuentra en sus intentos para sostenerse»²⁶.



Georges Dumézil,

25.- Ángel Viñas, Prólogo a *14 de abril. Crónica del día en que España amaneció republicana*, de Vicente Clavero. Madrid, 2015, p. 15 ss.

26.- Guglielmo Ferrero, *El Poder. Los Genios invisibles de la ciudad*. Madrid, 1988, p. 142. Del mismo autor profundizando en el principio de legitimidad, *Historia de Roma*. Madrid, 1960, pp. 411-413.



Franco y D. Juan Carlos I

Y es que los dirigentes republicanos fueron incapaces de lograr un consenso básico para la mayoría de la población. La legitimidad no es, por tanto, sólo de origen; ha de ser de ejercicio²⁷.

Sin embargo, para Viñas, la II República no fue revolucionaria, sino reformista. En realidad, fue víctima de la conspiración del conjunto de las derechas españolas –sobre todo, de la monárquica– enemigo de ese proyecto político y que no dudaron en aliarse con potencias extranjeras como la Italia fascista a la hora de conseguir armas y ayuda. Ni la situación del orden público, ni la violencia ejercida contra la Iglesia católica y sus símbolos religiosos, ni los movimientos nacionalistas en Cataluña, el País Vasco y Galicia podían «justificar» la rebelión del 18 de julio de 1936. El único motivo real, a su juicio «inconfesable», fue la oposición a todas las reformas políticas, sociales y culturales, en particular la agraria²⁸. A ese respecto, Viñas banaliza, por ejemplo, el sentido de la revolución socialista de octubre de 1934, que, a su entender, no fue «más que un *chispazo obrero* (!), esencialmente local, en el marco, eso sí, de una estrategia que

27.- Véase Luciano Pellicani, «Revolución y legitimidad», en *Sistema* n° 74, septiembre 1986, pp. 3-15.

28.- Ángel Viñas, *Las armas y el oro...*, pp. 24 ss, 405 ss.



pretendía impedir que la CEDA (un partido crecientemente escorado hacia la derecha) entrara en el gobierno». Y continúa: «La dinamita de los mineros hizo milagros y escabechinas». El profesor universitario de clase media fascinado por la violencia proletaria y revolucionaria, un fenómeno muy viejo y de consecuencias políticas y sociales desastrosas. En definitiva, lo considera, con su habitual dogmatismo, «irrelevante»²⁹.

Así escribe Viñas no la historia, sino «su» historia. Inútil hacer comentarios. No deja de resultar irónico que Tuñón de Lara, por quien Viñas dice sentir veneración discipular, sostuviera que octubre de 1934 supuso nada menos que «una verdadera revolución obrera, la primera revolución socialista en España»³⁰. Por su parte, un historiador de la independencia y profesionalidad de José Álvarez Junco afirma: «La izquierda intentó entonces un asalto al poder al modo leninista, tirando por la borda las reglas del juego democrático»³¹.

29.- Amorós, op. cit., pp. 41-42. «La connivencia fascista con la sublevación y otros éxitos de la trama civil», en *Los mitos del 18 de julio*. Barcelona, 2013, p. 132.

30.- Manuel Tuñón de Lara, *La II República*. 2º tomo. Madrid, 1977, pp. 95 ss.

31.- José Álvarez Junco, Prólogo a *¿Por qué fui lanzado del Ministerio de la Guerra?*, de Diego Hidalgo. Madrid, 2015, pp. 12.

A ese respecto, me viene a la memoria la opinión de Antonio Jiménez-Landi Martínez, historiador de la Institución Libre de Enseñanza, sobre la influencia institucionista en la legislación educativa de la II República. Lejos de ser precursora de dicha legislación, para Jiménez-Landi, «las ideas jacobinas y marxistas de la izquierda no encajan –incluso se oponen– al sentimiento netamente liberal del institucionismo, del que pretenden aprovecharse. Desde el punto de vista liberal, el articulado de la Constitución de 1931, con referencia a la enseñanza, es indefendible así como desde la idea institucionista... En líneas generales, estos artículos de la Constitución de 1931, fueron totalmente antiinstitucionistas»³².

Sin embargo, Viñas permanece imperturbable en su discurso. Nunca rectifica; tampoco razona; sólo insulta. Ciertamente, según Viñas, el gobierno salido de las elecciones de febrero de 1936 fue desbordado por la eferescencia de las masas, pero la culpa recaía en los gobiernos anteriores de la derecha y sus políticas antirreformistas³³. Y dice: «Por supuesto, una gran parte de la izquierda tenía un discurso radical, pero no lo llevó a la práctica. Hay que distinguir entre retórica y acción. Algunos poco menos que confunden la primera con la segunda»³⁴.



32.- Antonio Jiménez-Landi Martínez, *Breve historia de la Institución Libre de Enseñanza (1896-1936)*. Madrid, 2010, pp. 135-141.

33.- Amorós, op. cit., pp. 43-44.

34.- Ibidem, p. 44.

Aquí puede percibirse una vez más las insuficiencias de Viñas como historiador. Como si el lenguaje no contribuyese a crear la realidad política. Según el gran historiador John G. A. Pocock, los actos políticos son verbalizaciones y las verbalizaciones son en sí mismas actos políticos. Y ello porque las intenciones de una acción se muestran a través de las palabras y la verbalización es inmediatamente performativa, es decir, una verbalización que es en sí misma acción. Por ello, para Pocock, una acción política legítima es aquella que preserva una estructura de comunicación de doble sentido, es decir, en la que hay posibilidad de réplica, porque los sentidos del lenguaje no han sido completamente monopolizados.



John G. A. Pocock

Esta es la condición de la existencia de la libertad política. Frente a ello, existe un modelo unidireccional de usar el lenguaje en el que actos performativos de poder definen su entorno desde un modo que no cabe ninguna réplica. En opinión de Pocock, el lenguaje revolucionario no es conciliable con este modo de entender el juego lingüístico, ya que se define al otro de un modo que no admite réplica³⁵.

35.- John A.G. Pocock, «Verbalizing a Political Act Toward a Politics of Speech», en M. J. Shapiro, *Language and Politics*. Oxford, 1984, pp. 25-53.

En opinión de nuestro autor, la guerra civil española fue la antesala de la II Guerra Mundial, no la pugna entre revolución y contrarrevolución. La victoria del bando nacional –que él denomina tan sólo como «franquista», como si todos los que militaron en sus filas hubieran sido incondicionales de Francisco Franco– fue consecuencia de la ayuda material de Italia y de Alemania, muy superior a la recibida por la República de manos de la Unión Soviética. Fue, además, consecuencia de la «traición» de las democracias francesa y británica y de la política de «no intervención»³⁶. Una interpretación enormemente discutible desde el punto de vista de las relaciones internacionales, y que resulta en el fondo ahistórica y moralizante. Como señaló el siempre lúcido Raymond Aron en sus *Memorias* acerca de la posición del gobierno francés ante el estallido de la contienda española: «¿Puede el jefe de un gobierno democrático comprometer a su país en una acción que lleva aparejado un riesgo de guerra y que la mitad del país no considera acorde con el interés nacional?. En la práctica, la España franquista no contribuyó a la victoria aliada, pero tampoco a la victoria alemana. ¿Qué actitud habría adoptado la España republicana en 1940? La Guerra Civil española fue considerada con justicia como prelude de la guerra europea, pero no tanto la que estalló en septiembre de 1939, sino de la que comenzó en 1941»³⁷.

La España republicana tuvo que luchar, así, no sólo contra sus enemigos españoles, sino contra Alemania, Italia y Gran Bretaña. Según Viñas, la República sobrevivió únicamente «gracias al entusiasmo y la esperanza de una parte sustancial del pueblo español»³⁸.

36.- Ángel Viñas, *La soledad de la República*. Barcelona, 2006, pp. 4ss.

37.- Raymond Aron, *Memorias. Medio siglo de reflexión política*. Barcelona, 2013, pp. 218-219.

38.- Viñas, *Las armas y el oro...*, pp. 322.

Sólo le ha faltado evocar las gestas de Sagunto y Numancia. Claro que para nada menciona el elevado número de desertores que se produjo entre los republicanos³⁹. De la misma forma, compara las represiones de ambos bandos, señalando, como ya lo habían hecho los representantes del bando revolucionario, el carácter espontáneo de la republicana y el institucionalizado de la nacional. A ese respecto, Viñas no duda en banalizar las matanzas no sólo de Paracuellos del Jarama, sino las del clero católico. En el caso de Paracuellos, según nuestro autor, el énfasis en la matanza sirve para resaltar el «terror rojo» y para ocultar la represión franquista⁴⁰.



Y es que la República fue, a lo largo del conflicto, un régimen democrático. Su «héroe» es Juan Negrín López, a quien no duda en comparar con Charles de Gaulle y Winston Churchill⁴¹. Claro que luego, en una entrevista, reconoce que tal equiparación resulta exagerada⁴². En concreto, Viñas, estima que Negrín obró sabiamente al tratar de prolongar

39.- Véase Michael Seidman, *A ras del suelo. Historia social de la República durante la guerra civil*. Madrid, 2003.

40.- Fernando Hernández Sánchez, José Luis Ledesma, Paul Preston y Ángel Viñas, «Puntualizaciones sobre Paracuellos», *El País*, 21-IX-2012.

41.- Ángel Viñas, *La soledad de la República...*, pp. IX-XVIII.

42.- *El Siglo*, 1-III-2010.



Cipriano Mera

la guerra española hasta que estallase el conflicto internacional, lo que, de haberse logrado, hubiera salvado el régimen republicano. Lo que les impidió lograrlo fue la «traición» del coronel Casado, Julián Besteiro y anarquista Cipriano Mera. Esta «traición» hundió, además, todas las esperanzas de salvar los cuadros republicanos⁴³. Una mera especulación, ya que las alternativas eran extremadamente limitadas.

Para Viñas, todos los defectos y horrores se concentran en la figura de Francisco Franco, arquetipo de la maldad. Y es que Franco obstaculizó la liberación de José Antonio Primo de Rivera; propició el asesinato del general Amado Balmes; fue filonazi y económicamente corrupto; alargó conscientemente la guerra para matar más y mejor; acabó con el reformismo republicano; y su aportación a la modernización de la sociedad española fue mínima, por no decir nula. En realidad, esas transformaciones tuvieron lugar no gracias, sino a pesar de Franco y su régimen político.

43.- Viñas, *Las armas y el oro...*, p. 286.

En su alucinante obra *La otra cara del Caudillo*, Viñas trata de demostrar, contra no pocas racionalidades y evidencias, frente a Juan José Linz, que el régimen de Franco fue un régimen fascista, muy influido por el nacional-socialismo alemán, sobre todo por el *Führerprinzip*⁴⁴. Por supuesto, no lo demuestra, porque es un ignorante en ciencia política e historia de las ideas. Entre otras cosas, nos «descubre» que el régimen de Franco fue una dictadura, algo que ya habían señalado algunos pensadores oficiales del franquismo como Rodrigo Fernández Carvajal, que lo definió como «dictadura constituyente y de desarrollo», lo que fue aceptado, entre otros, por Gonzalo Fernández de la Mora⁴⁵. No deja de ser un tanto significativo que Viñas recurra, a la hora de definir el *Führerprinzip*, ¡a wikipedia!⁴⁶. Debe ser quizá otra forma de llegar a la «evidencia primaria relevante». Y es que Viñas no parece tener idea de lo que, en realidad, significaba el *Führerprinzip*. Un politólogo de la talla de Julien Freund –discípulo de Raymond Aron y de Carl Schmitt, y combatiente en la Resistencia frente al nazismo– afirmó que, para Hitler y los suyos, el *Führer* «era» el Derecho⁴⁷. El caudillaje de Franco no tenía como fundamento ese decisionismo radical, sin el *iusnaturalismo* católico. Franco era, como aparecía en las monedas de la



Francisco Franco

época, «Caudillo de España por la Gracia de Dios»; lo que suponía límites claros a su capacidad de decisión. Esta distinción es, a mi juicio, capital.

Por otra parte, Viñas no tiene en cuenta para nada, el pluralismo inherente al régimen político nacido de la guerra civil. La unificación de 1937 fue, en el fondo y en la práctica, mucho más allá de lo que un régimen fascista puede soportar en síntesis: carlistas, socialcatólicos, falangistas, monárquicos, militares y la Iglesia católica. En realidad, el partido único tuvo, en la práctica cotidiana, una escasa importancia en la configuración del sistema político, ya que una parte importante de sus elites no procedía de su militancia. Algunos sociólogos y politólogos, y no solamente Juan José Linz, como Raymond Aron, clasificaron el régimen español, al lado de la Francia de Vichy o el Portugal salazarista, como carente de partido político hegemónico;



en el fondo, era apartidista⁴⁸. En definitiva, no pondremos a Viñas en la lista de sociólogos y politólogos; más bien en la de los polemistas.

Sin embargo, Viñas continúa sin hacer tales distinciones. Y se empecina en sus gruesas interpretaciones. No es extraño que cuando un periodista le interroga por las dificultades a la hora de demostrar que Franco asesinó al general Amado Balmes, se irrite y diga: «¡es un asesinato con premeditación y alevosía. Y punto!»⁴⁹.

Consecuentemente, para nuestro autor, la llamada Transición no es un proceso político digno de alabanza, ya que silenció la memoria histórica de los vencidos. A ese respecto, Viñas relativiza el rol de Juan Carlos I a lo largo de aquellos años. El monarca no hizo, a su entender, otra cosa que «saldar la deuda histórica con la sociedad española y cumplir con su deber». «Es más –dirá–: se vio impelido a ello por falta de alternativas»⁵⁰.



Raymond Aron

Por último, hay que destacar en la producción historiográfica de Viñas, la ausencia total y ab-

48.- Raymond Aron, *Democracia y totalitarismo*. Barcelona, 1968, p. 80. En el mismo sentido, Ernst Nolte, *Después del comunismo*. Barcelona, 1995, p. 9.

49.- Entrevista con Juan Cruz, «Creo que Franco ordenó un asesinato para empezar la guerra», *El País*, 22-V-2011.

50.- «Exaltación monárquica e historia», *El Confidencial*, 19-VI-2014.

soluta de *fair play*. En rigor, Viñas no es un hombre de ideas, sino, como diría Ortega y Gasset, de creencias, o, mejor dicho, de prejuicios. Su modo de expresión es provocativo y pretende afirmarse destruyendo la posición del contrario. Un análisis de su lenguaje haría las delicias de John Pocock. Viñas abomina del *ethos* de pluralización; aspira a que en la Universidad y en el campo historiográfico sólo exista una interpretación de la II República, de la guerra civil y del régimen de Franco; por supuesto, la suya⁵¹. Y es que, a su buen entender, «los españoles empezaremos a dar muestras de normalidad (¡) cuando rechazemos mayoritariamente las construcciones ideológicas del neointegrismo franquista y dejemos de sorprendernos porque la *historiografía seria* (¡) se mueva abrumadoramente en la dirección contraria»⁵².

En el fondo, se muestra como un profeta y precursor del panóptico historiográfico: «*La Universidad española no será un dechado de perfecciones, pero es la mejor que hasta ahora ha tenido España y se ha mostrado bastante impermeable a la aceptación de tales distorsiones, con la excepción de un grupito de autores (sic), que denuncian, a veces con malas maneras e insultos personales (sic), a quienes escriben, según ellos "historia militante". En general, ni son especialistas de la represión ni tampoco conocen demasiadas experiencias extranjeras (...) en Es-*



Luis Suárez

51.- Ángel Viñas, *En el combate por la historia*. Barcelona, 2012, p. 23.

52.- Ángel Viñas, *La conspiración del general Franco...*, p. 307.

paña habrá que seguir atentos a que universitarios de escasa fiabilidad (sic), periodistas de medio pelo (sic) y divulgadores carentes del menor sentido del bochorno (sic), no queden sin respuesta»⁵³.

Sus bestias negras son Stanley G. Payne, Anthony Beevor, Juan José Linz, Ricardo de la Cierva, Bartolomé Benassar, Burnett Bolloten, Luis Suárez, Luis E. Togo- res, Pablo Martín Aceña, Alfonso Bullón de Mendoza, Julius Ruíz, los colaboradores del libro colectivo dirigido por Fernando del Rey Reguillo, «*Palabras como puños*», etc, a los que califica de «revisio- nistas», «subnormales», «franquis- tas», «infantiles», «integristas»,



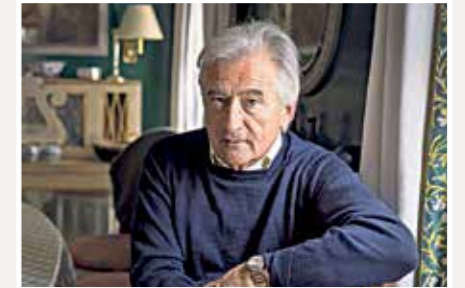
Stanley G. Payne

«afectados por el síndrome de ansiedad», etc, etc⁵⁴.

Es decir, que todo aquel que discrepe de sus interpretaciones o es un farsante, o es un corrupto, o es un fascista/franquista, o es un loco. Su animadversión se extiende hacia la Iglesia católica y al Partido Popular, a los que acusa de haber constituido un «bloque de poder» –¡otra vez la palabreja de Tuñón de Lara!– en contra de la «memoria histórica» de los vencidos en la guerra civil y de

53.- Ángel Viñas, «Presentación», *En el combate por la historia...*, pp. 23-24.

54.- Viñas, *La conspiración...*, p. 307 ss. *Las armas y el oro...*, p. 460. *La otra cara del Caudillo...*, pp. 79 ss.



Anthony Beevor

la II República⁵⁵. Incluso llega a acusar al Partido Popular de querer retornar al régimen de Franco⁵⁶. Todo lo cual demuestra que Viñas se ha convertido en un polemista más que en un auténtico historiador.

Buena prueba de ello, si es que hacían falta, es el contenido del número extraordinario de la revista *Hispania Nova*, que ha coordinado el propio Viñas con el único objetivo de desacreditar de forma inquisitorial el conjunto de la obra del hispanista norteamericano Stanley G. Payne, en particular su biografía de Franco. Viñas ha calificado la obra de Payne de «patochada» y de «pornografía histórica»⁵⁷.

Con todo esto, Viñas nos sirve como ejemplo de lo que no se debe hacer. En ocasiones, al leer sus alegatos uno no tiene por menos que esbozar espontáneamente una sonrisa. Y es que este autor parece tomarse a sí mismo muy en serio; por eso, carece de capacidad de autocrítica y de revisión de sus planteamientos. Su egolatría parece incommensurable. Frente a ello, los auténticos historiadores no pueden por menos que, sin abdicar de sus ideas políticas, enaltecer una ética del diálogo y del pluralismo agonístico. De lo contrario, el campo historiográfico español entrará en una entropía que nos sumirá en un tiempo de silencio y de tinieblas. 🐼

55.- Viñas, *Las armas y el oro...*, p. 411.

56.- *Ibidem*, pp. 415.

57.- Ángel Viñas, «Sin respeto por la historia. Una biografía de Franco manipuladora», en *Hispania Nova* nº 1. Extraordinario. Año 2015, pp. 13.